EL INDIO EN EL PAISAJE Y EN LA SOCIEDAD
SEGUN LA NOVELA CONTEMPORANEA EN HISPANOAMERICA

EL INDIO EN EL PAISAJE Y EN LA SOCIEDAD SEGÚN LA NOVELA CONTEMPORÁNEA EN HISPANOAMÉRICA

by

ALELAIDA LORAND DE OLAZAGASTI
Bachiller en artes
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico
1943

Submitted to the Department of Foreign Languages
Oklahoma Agricultural and Mechanical College
In Partial Fulfillment of the Requirements
for the Degree of
MASTER OF ARTS
1949

APPROVED BY:

Chairman, Thesis Committee

Member of the Thesis Committee

Head of the Department

Dean of the Graduate School

236572

PREFACIO

"El desaliento es el peor de los males y con él vienen los demás males del mundo."

En ocasión de una de nuestras clases de español surgió a discusión la frase. No recuerdo el libro, pero sí la fuerza y realidad de la misma. La substancia es lo que vale, no la fuente. Nunca, hasta ahora, se me ocurrió pensar que el desaliento pudiera influir en la formación o destrucción del individuo, menos en la de una nación. Ya hoy, con la mente más despejada y sintiendo la tragedia del indio hispanoamericano, comprendo el valor y certeza de la singular frase.

El indio se encuentra entre dos fuerzas de alto calibre: la naturaleza y la sociedad. Huyendo de una cae en la otra y ambas significan su destrucción. En ambas el desaliento le satura el alma quitándole todo intento de vida y de progreso. En ninguna encuentra la paz espiritual a la que aspira todo ser con uso de razón. Su lucha constante y dolorosa, tanto con el paisaje como con la sociedad, le ha destruido el deseo de ser y de hacer. El desaliento mata la iniciativa en el individuo. Cuando la suma de estos individuos componen una sociedad de

cuatro o cinco millones de habitantes el desaliento pasa a ser nacional.

La vida del indio en la sociedad le es insoportable porque le niega toda clase de oportunidades a su desenvolvimiento individual y social. No solamente le niega el derecho de ser, sino que tiende a destruir su personalidad por medio del desprecio y la humillación. No restándole nada que aspirar entre los hombres civilizados, desalentado, huye lejos de la civilización. Desgraciadamente la naturaleza americana no es el sitio apropiado donde ir a buscar aliento, ya que en su lugar ofrece una barrera infranqueable que termina con su fé y con la confianza en sí mismo.

¿Hacia dónde ir, pues?

Los autores, cuyas novelas pasaremos a analizar nos dan no solamente el cuadro lamentable del indio, sino que también nos trazan un rumbo a seguir. Estos novelistas presentan al indio como un elemento más del paisaje y a los prejuicios sociales a los que está sometido. En sus novelas abogan por una mayor comprensión del alma indígena por parte de la sociedad. Ciro Alegría, nos muestra al indio peruano luchando y confundiéndose con el paisaje en <u>Serpiente de oro</u>. En <u>El mundo es ancho y ajeno</u> nos lo presenta luchando con la sociedad. José Eustasio

Rivera expone la vida del indio en las regiones caucheras recalcando siempre la influencia de la selva en la psicología indígena. En *El resplandor*, Mauricio Magdaleno justifica la manera de ser del indio mejicano y va más lejos al ponerlo frente a la sociedad. La novela *El indio*, de Gregorio López y Fuentes, enfoca solamente las desventajas del indio en la sociedad y como el blanco le persigue aún en su aislamiento. Con diferentes estilos y escenas todos estos escritores persiguen un mismo objetivo. Todos saben que el bienestar nacional depende del progreso individual y social del indio y reconocen que es necesario restaurar su fé y su aliento para entonces facilitar el ataque a los demás males.

INDICE

Prefacio iv

Capítulo I
El indio y el paisaje en la literatura colonial.....1

Capítulo II
El indio y el paisaje en el romanticismo.....7

Capítulo III
El indio en la novela contemporánea.....11

Capítulo IV
Características que incorporan al indio al paisaje..16

Capítulo V
Serpiente de oro por Ciro Alegría.....20

Capítulo VI
La vorágine por José Eustasio Rivera.....26

Capítulo VII
El resplandor de Mauricio Magdaleno.....33

Capítulo VIII
El mundo es ancho y ajeno por Ciro Alegría.....41

Capítulo IX
El indio por Gregorio López y Fuentes.....54

Conclusiones.....57

Bibliografía

CAPITULO I

El indio y el paisaje en la literatura colonial

En los comienzos de nuestra historia, el indio y el paisaje tienen gran importancia. Sin embargo hay que señalar que ambos son tratados aisladamente, sin que haya correspondencia alguna entre ambos. El indio es un elemento indispensable en cuantos relatos se hicieron sobre las Indias Occidentales. Ya por su fiereza indomable como vemos en La araucana:

> No ha habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente liberada, ni extranjera nación que se jactase de haber dado en sus términos pisada, ni comarcana tierra que se osase mover en contra y levantar espada; siempre fué exenta, indómita, temida de leyes libres y de cerviz erguida. [1]

La riqueza y exotismo de la cultura indígena en los tiempos de la conquista sorprenden a Hernán Cortés que a su vez, los muestra al rey de España en sus Cartas de relación.

> En lo del servicio de Monteczuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado, hay tanto que escribir que certifico a vuestra alteza que yo no sé por donde que pueda acabar

---

[1] Ercilla y Zúñiga, La araucana, canto I, edit. E. Herman Hespelt, An Anthology of Spanish American Literature, pág. 43

> de decir alguna parte de ellas. Porque, como ya he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese. [2]

Aún más, tenemos al Padre Bartolomé de las Casas abogando por la libertad y buen trato para los indios. Las crónicas históricas también son sabios testigos de la participación del indio en la literatura de aquella época.

La naturaleza, al igual que el indio, ocupa sitio prominente en los relatos del tiempo de la conquista. Involuntariamente el conquistador fué influenciado por el ambiente. Encontramos citas frecuentes que describen el terreno, tormentas, bosques, montes, clima, ríos, animales, etc.

El asombro del hombre europeo frente a una porción de cosas extrañas, el deseo de darlas a conocer al Viejo Mundo y los problemas que ésta presenta a la realización de su objetivo, trae como consecuencia que la naturaleza esté más o menos presente en aquella literatura.

Leemos en el primer monumento de la épica castellana:

---

2 Hernán Cortés, Cartas Relaciones: edit. A. Gróve Day, pag. 64

> Nunca con tanto estorbo a los humanos, quiso impedir el paso la natura, y que así de los cielos soberanos, ni entre tantos peñascos y pantanos mezcló tanta maleza y espesura como en este camino defendido de zarzas, breñas, y árboles tejido. [3]

Vemos, pues, que tanto el indio como la naturaleza condicionaron la conquista a sus anchas. Era indispensable relatar lo que sucedía en América sin mencionar lo que verdaderamente medía el progreso o el fracaso de los conquistadores del Nuevo Mundo. La conquista se midió a base del rendimiento del indio y de las fuerzas naturales. Así, queda claro que, aunque separadamente tratados, el indio y el paisaje americano constituyen ya un tema de interés para nuestros primeros escritores.

No tenemos muchos datos precisos que revelen la posición del indio en la sociedad durante este período. Sabemos por las crónicas y muy especialmente por el Padre Bartolomé de las Casas que muchos eran civilizados, libres y vivían en paz hasta la llegada del blanco que les hizo esclavos y los despropió de sus tierras. Sabemos también que el indio hacía vida colectivista en sus villas, que trabajaba las tierras bajo el sistema comunal y que con la llegada del español se hizo individualista. Nos revelanlos cronistas de la época de la colonización que el indio se fué replegando hacia las alturas, abandonando la costa al blanco. Así es como

---

[3] Ercilla y Zúñiga, Op. cit., pág. 59

tenemos hoy día que la población indígena está mayormente en lo alto de la montaña, confundiéndose con la maleza. Su única estrategia fué la retirada.

> Sus abuelos que eran muy poderosos, vivieron en el valle, donde señorearon a otros pueblos. Huyendo de los blancos, que los perseguían, dejaron las tierras buenas de los valles por éstas que, aunque ingratas, les ofrecen más protección.

El indio se encontró imposibilitado para hacer frente a los invasores, que aunque aminoraban en número, tenían como principales armas de batalla la codicia, el odio, la soberbia--delirio por dominación--. Ante éstas, el indio tuvo dos alternativas: la esclavitud entre los blancos y la libertad en la selva o en la sierra. El nativo, de espíritu libre, acostumbrado a la libertad, se decidió por la libertad, huyó fuera del alcance del blanco, clausurándose para siempre y desconfiándo de todo intento de civilización.

Ya terminada la conquista, el hombre trasplantado de Europa, entrado en una vida tranquila, empieza su carrera literaria en América. El indio y el paisaje americano quedan relegados y hasta olvidados completamente. Los temas, personajes, filosofías y modalidades europeas invaden también y conquistan al hombre de letras que ya podemos llamar americano. El arte deja de ser vida porque no se inspira en la vida misma.

---

[4] Gregorio López y Fuentes, El indio, pág. 13

Es una falsa literatura. Es copia y repercusión de las escuelas europeas.

Es evidente que los pueblos sometidos al coloniaje miran con desprecio las cosas de la tierra. Es humillante, inculto y fuera de tono el hablar de los acontecimientos y de los pobladores de la tierra. Falta el concepto de patria que ensancha y despierta el apetito por resolver y enraizar lo propio.

Durante estos siglos de la colonia no tenemos obras literarias que revelen la relación del indio ni al paisaje ni a la sociedad. Sin embargo, es posible asumir que su situación fué completamente dolorosa e injusta. Por la novela contemporánea hemos sabido que durante estos siglos surgieron los temibles hacendados o estancieros--mitad hombre, mitad monstruo--. El resplandor nos da muy bien ejemplo al comenzar la novela con la historia de los propietarios de "La Brisa". Con toda intención nos hace comprender que el mal no es reciente. El primero, Don Gonzalo Fuentes, se apropió de la región casi sin violencia.

> La violencia vino después cuando hubo que despojar a las indiadas de sus tierras y marcar los lomos de hombres y niños con el fierro del propietario, como se marcan las grupas de las bestias, para que los pueblos sometidos reconociesen indubitamente su vasallaje. Así y todo, huían en manadas al monte, y, si eran alcanzados morían acribillados, y si no, también morían de hambre. [5]

---

[5] Mauricio Magdaleno, El resplandor, pág. 53

La fuerza bruta es el único medio que usaron y conocieron los hacendados para someter al nativo. El indígena tenía menos valor que una bestia doméstica porque ésta era tratada con menos rigor. Con toda seguridad podemos decir que el indio no fué dueño absoluto ni de su propia familia porque el estanciero extendió su poderío hasta impedírselo. El indio, no pudiendo resistir esta desenfrenada pasión de dominar del blanco, huyó en carrera ciega a los montes, donde la naturaleza presentaba otra porción de peligros, tal vez mayores, pero más llevaderos que los suplicios de la esclavitud.

CAPITULO II

El indio y el paisaje en el romanticismo

No es hasta el siglo XIX que el literato americano miró en derredor y descubrió su América.

El romanticismo, como todos los movimientos literarios hasta entonces, fué importado de Europa. Sin embargo, es evidente que es el romanticismo el que presenta el caudal de riquezas naturales a los ojos del americano. Ya porque tiende a exaltar la historia de la patria o porque el ambiente americano es propicio a su desarrollo, el romanticismo floreció, más o menos, en todos los géneros literarios. Para los efectos de estas páginas nos acercaremos a la novela romántica.

Está dicho que la novela, más que ningún otro género literario se acerca a la vida, sea porque su ilimitada extensión puede captar fácilmente todas las actuaciones, ideas e intrigas de un personaje o de un grupo de personajes, o ya porque su estilo se acomoda mejor a la manera de vivir en la vida. La novela romántica americana expone el momento histórico, costumbres, ideas, personajes y en fin todo lo que sirvió de marco a su rápido desarrollo. Entre las mejores novelas románticas están: <u>María</u> del colombiano Jorge Isaac, <u>Amalia</u> escrita por José Mármol, argentino, y <u>Cumandá</u>, la mejor novela romántica sobre el tema indianista.

Fué escrita por el ecuatoriano, Juan León Mera, que expone pintorescamente el paisaje ecuatoriano. Expone el odio que sienten los indios por el blanco y la trágica historia de amor de Cumandá y don Carlos. Esta obra es importante por sus descripciones de la naturaleza y por la exposición del carácter del indio. Cumandá tiene gran valor social, porque aunque Juan León Mera atribuye los defectos del indio a su ignorancia y no a sus relaciones con el blanco, suscita ya un sentimiento de justicia social que reaparecerá en la novela indigenista contemporánea.

Ahora bien, ¿cómo trató el novelista romántico la naturaleza? ¿El tema indianista?

El escritor del siglo XIX encuentra en la naturaleza una puerta de escape para mostrar sus sentimientos y, por lo tanto, la condiciona a su antojo. Va a la naturaleza para recrear su idealismo o para contemplar su pena en los tristes atardeceres y noches sin luna. El paisaje es un retiro espiritual donde el romántico va a confesar y lamentar su tragedia. El novelista romántico siente y se hace sentir por el paisaje. El romántico americano se siente grande ante el paisaje. Lo domina y moldea de acuerdo con su sentimiento. He aquí la gran diferencia entre el novelista romántico y el novelista contemporáneo americano. El romántico se siente grande en ella y el contemporáneo siente una pequeñez exagerada.

El romántico encuentra en la naturaleza todo lo que le sirve para darle expresión a su sentimiento; el contemporáneo lo ve todo, sea bueno, sea malo; es realista.

Es obvio, entonces, que si el romántico no encuentra imperfecciones en el paisaje, menos encontrará que éste pueda ser una causa directa de la psicología indígena.

Los autores románticos que abordaron el tema indianista lo poetizaron al extremo de pasar por alto la realidad amarga del indio sudamericano. El indio prácticamente desconocido hasta entonces, hace su entrada triunfal, en el mundo de las letras, y a través de éstas se asoma al universo. ¿Qué es el indio para el romántico? Es un personaje desconocido, exótico, legendario. Un personaje cuya única importancia reside en la apariencia de su ser. El novelista romántico no se detiene a buscar una razón de ser al indio americano; no examina su alma, ni analiza. Lo poetiza, le da color, pero no sentido ni conciencia. Lo observa desde su imperio--lo ideal--.

> Piense que los románticos explotaron lo indígena solo con criterio decorativo. No buscaron el fondo del alma india, se contentaron con los abalorios, con el paramento. Es, en realidad, una explotación de los indios en forma literaria; pero no explotación en sentido artístico, sino económico, porque los utilizaron como segunda parte, como bastidores, escenario, decorado, etc. [1]

---

[1] Concha Meléndez, La novela indianista en Hispanoamérica, pág. 184

Otros autores indianistas fueron a la historia, leyendas y tradiciones de los indios en tiempos de la conquista. Cantan a su rebeldía, sus hazañas y a su ferocidad, pero en ningún momento nos lo presentan correspondiéndose con el paisaje ni con la sociedad en que vive. Lo analizan también en sentido externo, viendo únicamente su carapacho, no su alma.

¿Cuál es, entonces, el valor del romanticismo americano en nuestro estudio?

El movimiento romántico es el primer espejo en que el pueblo americano se contempla a sí mismo, trae a la vida el tema indianista y le da importancia extremada a la naturaleza americana.

CAPITULO III

El indio en la novela contemporánea

Hay que señalar que el romanticismo estremeció al mundo entero con su doctrina liberalista. El patriotismo exagerado de los románticos llegó a su máxima expresión con la Revolución Americana y con la Revolución Francesa. La Revolución Francesa estableció definitivamente la libertad igualdad y fraternidad del hombre. El triunfo de la Revolución Americana señaló al mundo la capacidad y madurez del pueblo norteamericano para abrirse campo entre las demás naciones del mundo sin el apoyo de la madre patria. La influencia de ambas revoluciones volcó el sentimiento ya latente entre los pueblos del Sur. Un poco de desacuerdo contra las normas gubernamentales españolas bastó para inflamar la guerra entre los pueblos hispanoamericanos y España. El americanismo triunfa en América, pero el hombre americano todavía no se conoce a sí mismo . Su tanteo es inseguro, tanto en su política, como en su vida. En la política se comprueba por el sinnúmero de revoluciones que aún palpamos en nuestros días y que vienen como una consecuencia de la inseguridad de rumbo. En la vida, diremos que el hombre americano no conoce aún su personalidad ni el objetivo que persigue

en la vida. Sin embargo, es en la literatura donde verdaderamente ha dado un paso más adelante en término de pocos años. Su progreso ha sido considerable. Por medio de ésta los pueblos latinoamericanos van afirmándose social, política y hasta individualmente. El hombre trata de encontrarse en la literatura, de ahí que el triunfo del realismo haya sido completo. El autor contemporáneo tiende a pintar, describir, sentir y hacer sentir la realidad de la vida americana en sus obras. El autor de hoy se esfuerza por presentarse al mundo tal cual es, desnudo de leyendas, tradiciones, y fábulas. No se avergüenza de su americanismo; por el contrario, se enorgullece de ello. Ya hay más conciencia americana, por lo menos entre los literatos.

Todos los géneros se cultivan con éxito en Hispanoamérica; sin embargo la novela despunta sobre los otros. No es menester exponer detalles para comprender el por qué la novela se adapta mucho mejor que ningún otro al realismo.

Es difícil clasificar la novela contemporánea en tipos o clases definidas porque abarca y estudia diferentes fases de la vida americana. Su objetivo es enseñar, explicar y justificar una serie de cosas. Todo se mezcla, todo tiene un poco de todo como en la vida. Sin embargo encontramos que descuellan cuatro clases de novela: la novela de la tierra que trata de exponer la

vida y problemas del estanciero y el peón sudamericano; la social, que es la que llamamos novela de ciudad; la puramente artística, que busca el arte a través del arte y finalmente la indigenista que es la que tiende a presentar y mejorar la posición denigrante del indio a la sociedad americana y al resto del mundo.

Es natural que después del manifiesto socialista de Karl Marx, la novela contemporánea sufriera su empuje, presentándose luego al mundo con tendencias socialistas y científicas. Con excepción de la novela artística, las otras tres son más bien tratados sociológicos, agrarios, económicos y políticos que se confunden entre sí. Resultan, pues, novelas de masas, donde el protagonista no es uno ni dos o tres, sino el conglomerado social en general. El novelista contemporáneo (excluyendo al artístico) no se limita a tratar sobre un solo asunto, sino que los entrelaza todos en una misma obra. Por eso encontramos en la novela de la tierra problemas de economía, raciales, personales, sociales y políticos. No obstante, el tema principal atañe a la tierra. En la novela social el autor expone los mismos problemas, pero ya aquí, adoptando un tono crítico o irónico que la caracteriza y distingue de las otras. En la novela indigenista, como veremos luego, también existen las mismas tendencias, con la diferencia que el novelista tiene como objetivo la reivindicación del indio y su justificación ante el mundo.

El indio ha sido el último personaje que aparece en el drama socio-económico de Sur América. Este ha vivido ignorado completamente por cerca de cinco siglos. Reapareció con el romanticismo, pero, ya sabemos que fué idealizado. Aquí comienza la labor humana, y, tal vez, cristiana del novelista indigenista que no se deja impresionar por sus propios sentimientos o emociones al presentar la realidad. Trata al indio no como un infrahombre ni como un ente mitológico, sino como un hombre común que se ha forjado a la medida de su ambiente. Nuestro escritor de hoy día lucha por conseguirle su sitio en la sociedad americana. Lo humaniza. Lo saca de su escondrijo y lo muestra al mundo tal cual es: con sus vicios, virtudes y pasiones. Para esto, el escritor tiene necesidad imperiosa de analizar su psicología, su vida y exponer razones para justificar su manera de ser. Socava el fondo de su alma, analizándola a través de la naturaleza. El novelista contemporáneo es científico; es un químico del alma indígena. Va primeramente al paisaje para entonces comprender al indio. Por eso, lo concibe como un elemento de la naturaleza. Para él, el indio es el espejo, en que el paisaje se refleja a sí mismo. No es posible divorciar al indio de la Naturaleza por ser, aquél, su encarnación; su obra maestra. Es la Naturaleza que habla y razona. La Naturaleza con un cerebro

y, tal vez, con sangre como nos dice Ciro Alegría al comparar a Arturo con un río:

> Bueno resultará saber su historia que es, en gran parte, cosa de río. Río de agua y río de sangre, ambos a dos agitados y convulsos, cabales para hacer presa al cristiano desgajándolo como una pobre rama. [1]

Leyendo la novela contemporánea observamos que la armonía del indio y el paisaje es perfecta. Si tomamos, por lo menos, dos novelas representativas de cada uno de los pueblos latinoamericanos, veremos que la psicología y vida del indio se ha moldeado por medio de la naturaleza y se complementa con el ambiente en que vive. Como prueba fiel tenemos que el indio adopta características peculiares que le hacen su existencia posible en la región que le sirve de escenario.

---

[1] Ciro Alegría, Serpiente de oro, pág. 29

CAPITULO IV

Características que incorporan al indio al paisaje

Antes de considerar al indio como elemento del paisaje en la literatura sudamericana, es menester analizar las condiciones físicas y morales que hacen posible su adherimiento al paisaje.

> In the Peruvian-Bolivian plateau, 13,000 feet above the sea level, cold and dry, the natives have developed thorax and lungs adequate for the rarefied air and a physical resistance which has been fortified by frugality and adversity. The Spaniard, on the other hand, did not acclimate himself, and the mestizo is hardly able to resist such environmental conditions. The Indian is the only individual who can thrive there. [1]

La Naturaleza ha hecho que el indio sea el único individuo físicamente capacitado para vivir a su contacto, sin sufrir alteración alguna. En todas las configuraciones topográficas y en todas las diferentes variaciones climatológicas, el indio muestra su capacidad para sobrevivir. Hasta su color y facciones tienen alta correlación con el paisaje. "Rececos, color de tierra árida; gruesos labios, estirados por los vientos áridos y terrosos." [2]

---

[1] Moisés Sáenz, "The Indian Citizen of America", translation in Points of View, Division of Intellectual Cooperation, No. 9 (Sept. 1946)

[2] Mauricio Magdaleno, Op. Cit., pág. 17

El indio se hace sitio en la naturaleza más reacia como cualquier otra alimaña. Nace, sin que su nacimiento sea un hecho extraordinario ni siquiera para quien le da el ser. Lucha por su existencia no más y no menos que un insecto o una fiera de su vecindad. La muerte es un accidente de poca novedad, ya que está al asecho desde que por primera vez vió la luz del día. Por eso no se olvidó la Naturaleza de dotar a las mujeres indígenas de una fecundidad ilimitada para cumplir con la ley del desplazamiento.

El indígena responde meramente a las necesidades inmediatas de la naturaleza. Es frugal en el comer y beber porque no siempre la Naturaleza es pródiga con el hombre. Sin embargo, contrasta con esta frugalidad, la energía exuberante de que está dotado. Es incansable en las faenas y de una vitalidad sorprendente. Colgado a un árbol, contemplando los cadáveres de sus compañeros, el viejo Bonifacio repite una y mil veces en media de su penosa agonía: "Buena madera la de mi tierra."

No es necesario poner en discusión la valentía del indio, pues ésta es indispensable para sobrevivir. El instinto de conservación llega a su máxima manifestación en estas vírgenes regiones. No hay tiempo para meditar. ¡Acción es el mandato! . . . vencer o ser vencido! De aquí que su arrojo y su ferocidad no sea extrañable.

Lucha por la existencia con todas las fuerzas de sus entrañas, si es vencido, muere resignado, serenamente, sin una queja, porque se llegó la hora, y eso es todo.

Si consideramos este estoicismo del indígena podemos afirmar que es la mayor adaptabilidad que tiene a su ambiente. Es la compensación prodigiosa a una vida de sacrificios y temores. Su pequeñez frente a las fuerzas naturales da origen a esta resignación. En este caso sería conveniente sustituir la palabra estoicismo por resignación, y llevándola más lejos, pesimismo.

¿Estoicismo? ¿Resignación? ¿Pesimismo? Queda a la discreción de un psicólogo catalogar debidamente al indio bajo uno de estos tres términos. Si lo analizamos desde el punto de vista de la novela indigenista contemporánea, cabe muy bien el vocablo pesimista. El conocimiento consciente de los peligros que le circundan crea el estado de apatía física y moral que caracteriza al indio de latinoamericana. El considerarse y ser considerado como un objeto despreciable, inferior a todo ser viviente le hace indiferente ante la vida y frente a sus semejantes. El indio no aspira a nada ni espera nada de la vida. En sus ademanes lentos, en la ausencia de gestos y en su conversación escasa y morosa se trasluce todo el pesimismo de su raza. El indio sudamericano lleva en su persona la cruz de la desgracia.

Hasta su sonrisa es una revelación pesimista. Sentado de cuclillas su mirada se pierde en el espacio. ¿En qué piensa? Horas y horas sentado en la misma posición, ¿por qué mundos correrá su fantasía? Tallada piedra de color cetrino. Apenas parpadea. Está ensimismado mirando al horizonte. ¿En qué piensa nuestro indio? ¿Porqué esa mirada de tragedia?

CAPITULO V

Serpiente de oro por Ciro Alegría [a]

Nos encontramos aquí frente a una obra simpática, una obra que agrada desde que empezamos su lectura, tal vez por su estilo vivo y fervoroso o por su color, familiaridad y optimismo. Serpiente de oro es una magnífica novela que expone la lucha de estos intrépidos titanes del agua contra la inhospitalidad de la Naturaleza. Por su realismo al exponer la vida del indio peruano en las diferentes regiones, Ciro Alegría es hoy día el novelista más acabado del Perú.

El autor le da mayúscula importancia a la región que describe y se esmera por presentarla a cabalidad con todo realismo. Todo en él es majestuoso y grande: "río inmenso", "montes altísimos", "creciente máxima", "tremendos cielos que desatan broncas tormentas" y

---

(a) Ciro Alegría nació en un pueblo serrano del Departamento de La Libertad (Perú) en el año 1909. Se educó en Trujillo y muy jóven ingresó en el periodismo y a la política, al mismo tiempo que escribía versos y cuentos. En 1931, entró en la cárcel por su participación activa en el Aprismo (Alianza Popular Revolucionaria). Un año después la Revolución de Trujillo le saca. En ella tomó parte importante nuestro autor. Vencida la revolución, Alegría fue condenado a diez años de prisión, pero le perdonaron y un año después fué libertado. Entonces, se hizo redactor de La Tribuna y fué desterrado por sus escritos.

junto a estos colosos del paisaje, para corresponderle, "laten los corazones que no caben en los pechos".

Como los demás novelistas contemporáneos de la América del Sur, Ciro Alegría, coloca al paisaje en un sitio elevado. En la primera frase de Serpiente de oro entramos de lleno en la región que se propone pintar y a la vez nos previene de su salvajismo:

> Por donde el Marañón rompe las cordilleras en un voluntarioso afán de avance, la sierra peruana tiene una bravura de puma acosada. Con ella en torno no es cosa de estar al descuido. [1]

El río Marañón es caudaloso y en febrero sus aguas se hinchan trayendo la muerte y la vida a los indios que viven en sus riberas. La muerte--porque siempre arrastra en sus aguas humanos, ganado y demás animales domésticos de la vecindad. Vida--porque sus ocres aguas fecundan la tierra que abunda en frutos. El abigarramiento de la naturaleza trasluce vida. La vegetación es inmensa; es pródiga: platanares, cocales, yucas, paltos, naranjos, mangos y guayabos. "Los pájaros ebrios de vida" adornan y cantan a la sombra de los árboles, que ofrecen sus copas al cielo, bajo un sol de fuego. Más allá, junto a las rocas de colores rojo, blanco y azul pacen los caballos que llevarán los frutos al pueblo

---

[1] Ciro Alegría, Op. Cit., pág. 1

más cercano. En medio de todo como recordando a todos que es el rey y señor de su imperio, corre el río Marañón. Su constante rugir colma el valle y aumenta su soledad y silencio.

En las riberas del Marañón la vida es dura. Imposible es vivirla sin que deje surcos amargos. "Todo no es derecho porque la vida como el río tiene siempre recodos y pasos difíciles." Serpiente de oro nos deja en la memoria reminiscencias de un cuadro pintado a alto relieve con salientes punzantes de árboles y montes y salvajismo perenne de aguas clamorosas. En medio de todo, apenas perceptible, pero dando balance y acento al lienzo, está el indio. Estos vallinos ignorados se enfrentan a la muerte cada día con resignación y valentía. Luchan por aplazar su última hora para otra ocasión, pero saben bien que "el Marañón siempre se traga a sus balseros". La desgracia está al asecho continuamente: en el río, sus terribles crecientes que por su imprevisión no da oportunidad al hombre de zafarse; en la tierra la personificación de la muerte misma. . . la víbora! En el invierno los desmontes y las heladas hacen de la existencia de estos cholos una agonía:

> El invierno es una jornada que cruza por nuestros pechos como un estremecimiento agónico. Otra cosa es el invierno sobre el río. Con las palas en las manos, desde el filo de la balsa que sabe nuestra fuerza, sobre el agua que no ignora---porque es antigua como el río mismo---nuestra

> voluntad de lucha, reímos a la vida porque sabemos también reír de la muerte. Pero contra los desmontes no hay defensa. ¿Quién va a detener un cerro que cae con unos cuantos maderos y una pala por mucho que ellos estén manejados por recios vallinos que no saben rendirse? [2]

Para sobrevivir en estas tierras y medirse con el río, el valor es indispensable. Hay que ser grande: "El Arturo es como el río o el río es como el Arturo: Ambos son grandes y por eso luchan." [3]

Llegará el día en que el Arturo, como el Roque, será tragado por el río porque el hombre cuenta poco en estos mundos. Aquí la naturaleza es el Destino! A pesar de esto encontramos que la voluntad y ansia de vida de estos cholos les hacen desafiar la muerte en el río. Su optimismo es extraordinario. La naturaleza les contagia con su exceso de vida, o más bien, el indio es la misma naturaleza hecha carne. El indio es como el árbol, como el monte, "igual al río, profundo en sus reveses, pero voluptuoso siempre."

Para contrastar la adaptabilidad del indio a la naturaleza con la del blanco, Alegría nos ha traído de Lima al ingeniero don Osvaldo Martínez de Calderón. Con un sinnúmero de ideas reformistas y con la

---

[2] Ibid, pág. 175

[3] Ibid, pág. 58

ambición de extraer oro de las profundidades del río, don Osvaldo comenzó su nueva vida en la comunidad. Para poder sobrellevar la vida y adaptarse al nuevo ambiente, nuestro ingeniero cambió todo el patrón de su vida. Su refinamiento chocaba con el salvajismo del paisaje y la rudeza fué sustituyéndolo. Su andar dejó de ser garboso, pues el terreno es irregular y tosco y hay que curvear el cuerpo de acuerdo con las desproporciones topográficas para no caer de bruces. Su hablar se ha desfigurado como su persona. Su apetencia por los platos exquisitos de la costa han pasado al olvido y ahora, don Osvaldo, come con gran apetito las viandas de los cholos. Su ropa es haraposa; responde al nombre de "don Oshva"; es supersticioso como todos, y, lo más sorprendente de este cambio es la sustitución que ha hecho de los cigarrillos por la coca--él que pasaba por alto todos los vicios del indio menos el chacchar.

> Ha cambiado mucho don Osvaldo! Antes resaltaba ante nosotros y ante el paisaje. Tenía, amén de sus ropas nuevas y sus arreos flamantes, algo que le daba cierto aire de encontrarse por encima de cuanto veía. Ahora, ya no. Está a tono con todo y hasta camina un tanto encorbado y con pasos bruscos. En este momento parece que el valle le es familiar y que no lo repudia ni lo deja a un lado como a un extraño sino que lo toma para sí, que lo adhiere al paisaje, que lo amasa a la tierra. No sé bien que es lo que pasa, pero hasta su barba rubia no se la nota tan rubia. [5]

---

[5] <u>Ibid</u>., pág. 198

Pero, al pobre don Oshva, símbolo de la civilización, no le valió de nada el cambio radical de su personalidad para amoldarse a las grandes peculiaridades del ambiente, pues, escrito está "nadie se salva en las riberas del Marañón." La civilización fué rechazada una vez más, y esta vez por la infernal alimaña de no más de un pie de largo.

Los indios de Serpiente de oro son buenos, dulces en su trato, un tanto alegres, optimistas. Las pasiones no han hecho cama en su corazón. Entre ellos no existe la codicia ni la envidia. Hasta en el amor su moderación es absoluta. Estos cholos son fuertes y sanos de cuerpo y alma. Son como el paisaje--todo vida----------.

En esta novela no encontramos grandes problemas sociales. El autor se ha limitado a exponer la lucha del indio con la naturaleza. Viven aislados y su aislamiento les es agradable porque en él encuentran su felicidad. Todos son iguales entre sí y solo de vez en cuando entra un intruso que es rechazado inmediatamente por la naturaleza o que es transformado como lo fué "don Oshva".

CAPITULO VI

La vorágine por José Eustasio Rivera [a]

En esta única novela de José Eustasio Rivera nos encontramos contemplando un cuadro macabro de la sangrienta odisea de los caucheros en toda la región a lo largo del río Orinoco, río Negro y Casiquiare. En esta obra más que en ninguna otra, el paisaje es el protagonista único. El paisaje es el que mueve y crea toda la acción de la novela. No bien nos asomamos a las primeras páginas de La vorágine, notamos que el hombre frente al paisaje queda completamente relegado por su incapacidad de vencerlo. De todas la novelas que aparecen en estas páginas, en ésta es donde el indio se presenta más incompetente para dominarlo. Su ínfima pequeñez frente a las fuerzas naturales se agiganta como en ninguna otra obra. ¡Naturaleza inplacable! El inútil esfuerzo por dominarla da forma a

---

[a] José Eustasio Rivera nació en Neiva, aldea situada en las orillas del río Magdalena; tierra caliente, vegetación rica, lujuriante, vida sana y sencilla, mucha luz y alegría. Aquí vivió su niñez y de estos recuerdos escribió su Tierra de promisión. Va a Bogotá a estudiar graduándose de la Escuela Normal Superior y más tarde de abogado en la Universidad. Fué diputado al congreso de Colombia. Le nombran inspector de yacimientos petrolíferos y luego le nombran en una comisión de límites entre Venezuela y Colombia, de donde se nutre su imaginación para crear su novela--La vorágine. Se pierde en las selvas y sufre el tormento de la sed, del calor, los zancudos, las hormigas y la fiebre. Muere de pulmonía en New York. Era robusto, alto, fuerte, ojos y cabellos negros. Es un prototipo del hombre americano.

La vorágine. Aquí la violencia triunfa siempre. El hombre es un mero lacayo de la selva, pronto a moverse y actuar a su capricho. La selva determina la vida, pasiones y muerte del individuo. La selva degrada al hombre y le convierte en una bestia salvaje. La selva enloquece, despertándo los instintos más bajos y monstruosos. Así como el paisaje mismo, el hombre se hace inhumano y trágico. En La vorágine todo es fatiga, todo muerte, destrucción y vértigo.

> Algo peor todavía: La selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos infrahumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino y la codicia quema como fiebre. [2]

> Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades: el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, y las piernas calculan, la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos! [3]

El dramatismo de José Eustasio Rivera nos colma el espíritu al extremo de hacernos sentir el alma pesada y en un marasmo sin paralelo. Nos infesta con su podredumbre y destrucción. Nos apocamos ante la lectura de su obra; es como sentirse víctima también de ese infierno de fuerzas malévolas.

Hay que asumir que si la mera lectura de esas páginas convulsiona a tal grado nuestro ser, que la vida propiamente debe degradar al hombre a la etapa en que se

---

[2] José E. Rivera, La vorágine, pág. 127

[3] Ibid. pág. 166

confunde su especie con la del mono. Si solamente por su lectura nos olvidamos de lo que somos y nos confundimos en un mundo extraño de "tambochas", "caribes", "veinticuatro", sanguijuelas, beri-beri, fiebres, y todo un ejército de parásitos, no sería problemático el determinar al personaje que ha sido su producto directo.

Hay que recalcar el gran contraste que existe entre los indios de Rivera a los de Ciro Alegría. Comenzando la lectura de La vorágine notamos en seguida que todo ser humano está completamente imposibilitado para luchar contra la naturaleza. Verdaderamente el indio puede resistir más que el hombre blanco y que el mestizo, pero esto no lo sitúa en terreno ventajoso frente a la monstruosa selva. Todo hombre está maniatado. Está consciente de su inferioridad frente al temeroso paisaje. Sabe que cualquier esfuerzo por vencerla será imposible. El hombre se anula; se anula en cuerpo y alma. La fé le abandona; la esperanza le engaña. ¡No hay caridad! El único alivio es la resignación dolorosa que adopta el hombre ante la vida. Su propio pesimismo le restablece el espíritu, pues, tal vez, no esperando nada, logre alcanzar algo. Si repasamos a Ciro Alegría en su Serpiente de oro, recordaremos que este autor siempre le da ventaja al indio sobre el blanco para lidiar con las inclemencias del paisaje. Ciro Alegría nutre sus personajes de valentía y fortaleza viril. Estos se atreven retar a la Naturaleza aunque ésta les venza siempre.

Poseen más optimismo y confianza en sí mismos. En Serpiente de oro, el indio es un héroe del agua. El Arturo y el Roque desafían al río Marañón con sus balsas. Su alma es grande y fuerte. No encontramos en Alegría la degeneración del individuo como en la obra de Rivera.

Si analizamos el paisaje en ambas obras, observaremos claramente que los indios de Serpiente de oro y los de La vorágine encarnan perfectamente la naturaleza. En las riberas del Marañón la naturaleza inspira vida, mientras que en la de la selva de Rivera todo es corrupción y muerte. "Es la muerte que pasa dando vida." El Marañón inyecta a sus balseros de arrojo y coraje para que midan sus fuerzas con las del agua. La selva de Rivera los inocula de tragedia y les quita todo hálito de vida. En Serpiente de oro el hombre lucha contra las fuerzas naturales; en La vorágine el hombre se deja arrastrar por éstas. La desgracia está con ellos siempre. Se arrastran a la fatalidad y su vida en sí es fatalidad. No hay duda que los cholos de Ciro Alegría son superiores física y moralmente a todos los personajes de Rivera. El Arturo y el Roque poseen cuerpos vigorosos y sanos, mientras que los de Rivera son enfermizos y lacrosos--como la naturaleza que les rodea--. En la obra de Ciro Alegría no hay depravación mental, ni las pasiones mueven tan decididamente al hombre como en La vorágine. En otras palabras, es evidente que ambos

autores reflejan la naturaleza en sus personajes. En ambas obras, el indio es la materialización; es parte; es un elemento más del paisaje. Nos dice Torres Ríoseco sobre los personajes de Rivera:

> En un ambiente de sangre y violencia todos estos personajes viven, no tienen nada de literarios, son hombres y mujeres de aquellos parajes, productos del llano y la selva, buenos o malos, como las serpientes, las tambochas, las garzas.[4]

La vorágine pone a relieve el pesimismo exagerado, la inferioridad e incapacidad del indio a luchar en una lucha desigual contra el único y verdadero personaje de Rivera -- la Naturaleza --. Apenas da importancia a los personajes humanos y hasta se olvidó de solucionar la historia de sus vidas y de sus intrigas. No sabemos el verdadero paradero de ellos. La naturaleza, humanizada por él, capta toda su atención.

Ciro Alegría justifica la rudeza, vida y vicios del indio ante la sociedad como una consecuencia del ambiente. Al mismo tiempo da oportunidad a nuestras mentes de pensar en una posible salvación porque estos cholos tienen voluntad y vida. El señor Rivera, por el contrario, nos deja una sensación patética. Su selva es una barrera infranqueable que no da cabida a la más leve regeneración.

---

[4] Arturo Torres Ríoseco, Grandes novelistas de la américa hispana, pág. 168

> For he shows how this forest dominates the human being who drags himself through its depth; how it attacks his mind and body, incubating fevers and insanity; how with its thousand tentacles it seizes men and transforms them into wild beasts. [5]

Para estudiar cabalmente al indio y al paisaje en La vorágine es indispensable recordar que José Eustasio vivió en la selva, siendo víctima de los zancudos, fiebres, sed, etc., y que escribió su obra cuando convalecía del beri-beri. Es posible que este marasmo de cosas esté exagerado, ya que también poseía nuestro autor un temperamento apasionado e impulsivo. Sin embargo para la incorporación del indio al paisaje su relato nos es de un afirmativo valor por ser uno de los novelistas contemporáneos que mayor correspondencia encuentra entre el paisaje y el indio. Ambos llevan en sí la fatalidad; la muerte.

La vorágine tiene gran valor social, puesto que el señor Rivera ha mostrado vivamente la realidad y el dolor de las razas vencidas. Habla sobre un grupo de hombres explotados y maltradados por sus patrones y caporales. El látigo es la única palabra que media entre el patrón y el peón. Los patrones se enriquecen, mientras los caucheros dejan sus vidas por ganarse unos centavos, que nunca reciben, porque serán abonados a la deuda que contrajeron el primer día que entraron a

---

[5] Torres Rioseco, The Epic of Latin American Literature, page 180

los siringales. El caucherо no entra a la selva por voluntad propia, siempre lo obligan las circunstancias. A veces un crimen cometido le lleva a esconderse en la espesura de la selva. Tiene dos caminos: entrar en la cárcel sin ser sometido a juicio o ir a vengar su tragedia exprimiendo con sus hachas el corazón del árbol de la goma. Ante esta alternativa el hombre entra en la selva, pues la autoridad les aterra más que todos los horrores de ésta. Otras veces la pobreza extremada le hace ver en los siringales la posibilidad de mejorar su condición miserable. Pero oh, ¡desilusión! Entró y ya no podía zafarse de sus garras. Solo logró encadenar para siempre su libertad y la de sus hijos que como única herencia recibirán la deuda substraída por su padre.

La injusticia social, según nos la presenta Rivera en <u>La vorágine</u>, no tiene solución. No vale la pena que el gobierno legisle en favor de los caucheros si la ley no puede penetrar en la selva. Allí la única ley es la fuerza bruta a la que han sido sentenciados por las diferencias raciales y sociales.

El autor no sugiere remedios para subsanar el mal de los indios, por lo contrario da la impresión de su continuidad.

CAPITULO VII

El resplandor de Mauricio Magdaleno [a]

En esta novela, Mauricio Magdaleno nos expone los suplicios de un pueblo indígena encerrado en un marco tan blanco que su resplandor pone a relieve la desesperación de los indios. Empieza la obra con la partida del cura de San Andrés de la Cal porque no puede resistir más sus crímenes. Notamos inmediatamente que estamos frente a una obra de contenido triste por las lamentaciones que aparecen en su primer capítulo: "¡Hasta Dios nos abandona! ¿Qué más podemos perder? Condenados . . . solos . . . hambre . . . muerte . . . solos . . . condenados . . ." Olvidando el incidente, conformándose con su suerte, la indiada regresa a sus quehaceres cotidianos sin la menor mutación. Siempre lo mismo: sufrir hambres y frío, trabajar desde el amanecer hasta el obscurecer, implorar al Todopoderoso un chorrito de agua y sentir el resplandor de la cal que los satura el alma.

San Andrés de la Cal no tiene tierras productivas--todo es cal, cal maldita y tan blanca que resplandece como la pena india---. La tristeza y desolación de

---

[a] Mauricio Magdaleno - novelista mejicano contemporáneo.

esta tierra da la impresión de una tumba blanca que brilla con crueldad. Su desnudez de vegetación asombra al transeúnte que no tiene menos que decir:

> ¡ Me lleva el diablo! Esto es peor que el infierno. Aquí se mueren de hambre hasta las lagartijas, que según cuentan viven del aire. [1]

En San Andrés de la Cal no llueve y si llueve casi les arrastra a todos. A pesar de esto, San Andrés está amenazada por los ambiciosos hacendados, que sobornando a las autoridades, cometen atrocidades imperceptibles por la mente civilizada. Pero . . . no importa . . . al fin llegará el Coyote . . . . el Coyotito que se crió entre ellos y sabe de sus penurias. Pero fué para peor . . . . se cumplió la profecía: "las personas siempre adquieren las cualidades del animal de su mote".. Una vez más las esperanzas rotas. Engañados, y esta vez por uno que lleva de su propia sangre. No habrá presa; no. San Andrés de la Cal será siempre San Andrés de la Cal. Como todos, el Coyote, les mintió, les explotó y les quebró el último aliento de esperanza.

Los indios confiados en las promesas del "Coyote" le llevaron al puesto de gobernador. Con toda autoridad, ahora, se hace de haciendas y de terrenos fértiles. Los indígenas trabajan dejando sus vidas por hacerlas producir y así tener un poco de maíz y frijol para el

---

[1] Mauricio Magdaleno, El resplandor, pág. 50

invierno. Pero, que . . . se acerca el invierno; la repartición no viene y las cosechas las llevan al pueblo en grandes camiones . . . de noche. Se engendra la desconfianza. Con gran esfuerzo se cerciora la indiada de las intenciones del señor gobernador. Es doloroso para el pueblo convencerse que el Coyotito, que se nutrió de los pechos de las hijas de San Andrés cuando llegó casi muerto de hambre y fiebres, les arrebate el pan que con tanto sacrificio ganaron.

"Malas Navidades y heladas guesas" se acercan y "¡Diosito nos abandona!" "¡Se llevan el maicito!" "¡Se llevan el frijolito!" "Las cosechas. ¡Las tojes repletas de maíz que sembramos nosotros! Se las llevan a Pachuca y nos dejan sin comer." La locura de los indígenas se extendió rápidamente. Tienen dos caminos: Volcar el camión o morir de hambre en el invierno. La indiada optó por lo primero, pero hubo que matar a Rendón, el mayordomo. De nada les valió su arrojo, pues la misma noche el hermano de Rendón cobró caro por su muerte: trece ahorcados y toda una villa quemada. No hay redención para el otomí. Su tragedia no termina, vendrán otros y otros más vendrán.

<u>El resplandor</u> es una obra sociológica. Desde comienzos de la obra el autor se esfuerza por presentar la situación desesperada del indio en este pedregal de cal. El contraste es el medio más eficaz que usa

Magdaleno para resaltar la miseria de los tlacuaches. Saturnino Herrera y doña Matildita Fuentes -- su esposa y legítima heredera de La Brisa -- viven en medio de peones y criados dispuestos a satisfacer el mínimo de sus caprichos y los de su hijo, Rafaelito. Para ellos La Brisa no significa gran cosa porque a ellos todo les sobra. La Brisa es un algo más en su vida, mientras que para los indios de San Andrés de la Cal y de San Felipe Tepetate, La Brisa es el colmo de sus aspiraciones por ser la única porción de tierra capaz de dar el sustento a sus hijos. La Brisa posee terrenos fértiles, los que no hay que arar con las entrañas para hacerlos producir. Ella es el todo de sus vidas. ¡El mundo es injusto, Señor, lo que a unos les sobra a otros les falta! Mientras uno lo tiene todo cinco mil indios mueren de hambre.

Don Saturnino viene a la hacienda a descansar y "a respirar el aire del primer sol" y no a oír las quejas y sufrimientos de los indios. El Coyote, "que se crió entre nosotros" es ahora el señor gobernador y entre él y el indio media mucho, aunque este indio haya sido su protector y padre.

> El es el señor gobernador, y nosotros....pues nosotros somos una punta de indios amolados.... Se miraba al hablar, los pies, que se le escurrían por los harapos de guaraches.--Lo que esperábamos no era cierto. [3]

---

[3] Ibid, pág. 345

El destino se mofa de las penas y la vida está hecha de contrastes en los que encontramos la realidad de las cosas. "Cinco mil indios solamente en San Andrés que tragan cal, porque no se ve otra cosa que dé la tierra". Sin embargo:

> Venía de la casa un rumor de vajilla y de apresurada faena, y un grato olor a compotas y a mole de guajolote. Cuando Felipe llamó al comedor, se encontraron convertida a la mesa en un vergel de claveles, en macizos rojos entre el vino de la Costa de Oro y el coñac. Los enormes muslos de las aves difundían un perfume de especias y sangraban, humeantes, en la espesura de la mole. Una orquesta de México tocaba una canción abajeña. [4]

Rafaelito, ricamente vestido se pasea con sus padres por La Brisa, estrujando, sin saberlo, el corazón de estos peones que por única riqueza dotan a sus hijos la miseria. "Un chiquillo de tres años rozagote y colorado de puro sueño" trae a sus memorias sus hijitos desnutridos, paliduchos y aniquilados por el trabajo prematuro. Sus harapos y sus pies descalzos arañan sus corazones despiadadamente. Y allá, en lo más recóndito del alma exhala un quejido lastimoso "¡Diosito ....Diosito....Diosito!"

Los amigos del señor gobernador brindan por la salud de la primera dama de Pachuca. Ella, agradecida, devuelve una sonrisa y otro brindis. No muy lejos, ahogando su grito, Lorenza llora su honra que entregó al gobernador para recordarle la miseria de su gente.

---

[4] Ibid, pág. 346

Solo acierta a decir entre sollozos: "El señor don Saturnino me dijo que si iba a la troje de la tienda, daría las tierritas y levantaría la presita."

Así como éstos, hay infinidad de contrastes en El resplandor que sirven para estudiar la posición inferior del indígena con relación a las otras razas de México.

La defensa que hace Mauricio Magdaleno de los tlacuaches es loable y digna de anotarse.

Es muy común, en Hispanoamérica condenar al indio y sus defectos sin tener conocimiento consciente de su origen; mirando el efecto y nunca la causa. He aquí, una vez más, la grandiosa labor del novelista contemporáneo, que dando razones justifica las pasiones y vicios del indígena. Mauricio Magdaleno ha puesto en palabras la realidad y el por qué del indio Mejicano, pero que sustituyendo el escenario, puede aplicarse a cualquier región indígena de Sur America. "La Naturaleza muchas veces con sus inclemencias obliga al indio al crimen. ¿Quién va a matarse nada más que porque así?" [5]

> ¡Cinco mil indios, solamente en San Andrés, que tragan cal, porque no se ve otra cosa que dé la tierra! Y el indio que no tiene ni una milpa, se vuelve más taimado y ladrón que el diablo. ¡Si hasta parece que Dios Nuestro Señor les secó la tierra por canijos!

---

[5] Ibid., pág. 30

> Maíz y frijol, ¿de dónde si no llueve en esta tierra? Cal, cal, y más cal.
> ¡Señores no son cristianos....son bestias.... peores que las bestias más viles! Una agua que sabe a purga y que acaba con el mejor estómago y lo repleta de amibas, de pilón.... una tierra maldita en la que no llueve, ni de casualidad....Criadero de tifo y de hambre! [6]

El autor concibe al indio como un resultado de su ambiente—de la naturaleza—. Los terrenos de San Andrés y San Felipe son estériles, y el otomí no tiene para su sustento; ambos pueblos se matan por un puñado de maíz o frijol. El autor lo especifica bien claro que el otomí mata por necesidad.

Cuando no mata o roba se abandona a las soledades de su espíritu mordiendo con resignación su miserable vida en el yerbajo policromo de la coca. Este adormecedor de los sentidos ha adquirido inmensas proporciones en la vida del indio. Proporciona un dulce letargo que emborrona temporalmente su triste realidad. Si no es la coca es el masato, la chicha o el guarapo. Magdaleno, como nuestros otros escritores, encuentra natural y hasta necesarios estos vicios en las costumbres indígenas. Al contrastarlos con los vicios de la ciudad siempre se inclina a aceptar los del indio y a condenar los otros.

Hay que aclarar que entre los indios no frecuentan las grandes pasiones como la codicia, la soberbia y la envidia. El celar a sus mujeres es la más común.

---

[6] Ibid, pág. 51

El otomí cela del blanco y no del indio, por las amargas experiencias que ha tenido con aquél. El indio en su salvajismo, respeta el honor de sus mujeres.

En el amor es imperioso que el más fuerte venza al más débil en una lucha libre y a campo abierto.

Al terminar la obra, nos queda en el alma el recuerdo triste de estas caras cetrinas y el abismo negro de sus miradas. El retrato que hace Magdaleno del otomí es inconfundible. Refleja en su rostro la tragedia y la miseria. Es desconfiado, pero presto a dejarse convencer por un mendrugo de pan. Es bueno y hospitalario. Acepta con conformidad su suerte de condenado, confundiéndose su lamento entre la queja y la imploración: "¡Diosito...Diosito...Diosito!"

CAPITULO VIII

El mundo es ancho y ajeno por Ciro Alegría

Después de estudiar al indio como un producto directo de la naturaleza en Serpiente de oro y en La vorágine pasamos a El resplandor y a El mundo es ancho y ajeno donde vemos al indio, no solamente como una consecuencia del ambiente, sino que también le encontramos relacionándose ya con la sociedad. El valle donde viven los comuneros de Rumi es fértil y alegre. Es natural, entonces, que esta gente sea agradable, hospitalaria y feliz. Sin embargo, hay que señalar que Ciro Alegría enfoca al indio esencialmente desde el punto de vista social.

En esta novela, Ciro Alegría, retrata todas las fases de la vida de los indios de la villa de Rumi. Nos da un vivo cuadro de su vida doméstica, de sus tradiciones, religión, la manera de cultivar la tierra, su sociedad, su gobierno, economía y sus relaciones con el resto de la república. Es verdaderamente un documento histórico por su contenido y una obra de arte por su estilo y manera de tratar su trágica historia. El autor ha combinado magistralmente la vida pintoresca, las tradiciones y leyendas de los aborígenes con los sufrimientos humillaciones y desprecios al

contacto del blanco. El mundo es ancho y ajeno es hoy en día el estudio más completo que tenemos sobre los indios del Perú porque no ha dejado de captar ni un solo detalle de su vida.

Los comuneros de Rumi son indios civilizados y libres que viven del cultivo de sus chacras, que, aunque no les alcanza para satisfacer lujos les proporciona el sustento, y aún tienen sobrante para vender en alguna ciudad vecina. Ciro Alegría describe detalladamente como funciona el sistema comunal que fué usado siglos y siglos atrás por los Incas. Desde los niños hasta los viejos, al igual que las mujeres ayudan en la siembra y la cosecha del maíz y el trigo. Se dividen el trabajo a base de fortaleza, edad y sexo. Mientras tanto algunas muchachas provistas de calabazas repletas de chicha, van y vienen repartiéndola para celebrar la cosecha. Entre risas, música y voces los comuneros cumplen su labor con gusto. Luego se verifica un rodeo general para que el ganado aproveche los rastrojos y donde los jóvenes más fuertes lucen su virilidad a su chinita predilecta. La siega y trilla del trigo es uno de los pasajes más vivos de la novela:

> La chicha de vueltas, en calabazas, regalando a todos. Los jinetes gritan, la yeguada corre, trilla el sol, trilla el corazón, trillan los cerros. El alma se alegra de chicha, de color, de voz y grano.[1]

---

[1] Ciro Alegría, El mundo es ancho y ajeno, pág.149

Por la noche, alrededor de una fogata hecha de paja seca oyen historias de difuntos, aparecidos, malas luces y de caballos galopantes. A la hora de retirarse a sus casas alguna pareja de enamorados retarda su paso entregándose para siempre los lazos matrimoniales bajo un cielo cuajado de estrellas.

Este año, como todos, la faena de la siembra y la cosecha trae regocijo a la villa de Rumi, no obstante la desgracia cunde los corazones de los comuneros. Ese maldito juicio de linderos les perturba la alegría; a Rosendo Maqui más que a ninguno, que como alcalde y patriarca de Rumi prevé el desastre de su pueblo. En silencio le remuerde la consciencia por haber dejado escapar la culebra que le anunció la desgracia. Ya se acerca el juicio de linderos. El estanciero de Umar, don Alvaro Amenábar, demandó ante la autoridad los mejores terrenos de Rumi.

> Debemos darle un aspecto de reivindicación de derechos y no de despojo. Yo pienso igualmente, que esos indios ignorantes no sirven para nada al país, que deben caer en manos de los hombres de empresa, de los que hacen la grandeza de la patria. Pero Zenobio García me ha asegurado que en la parte que demando está lo mejor de Rumi. Arriba hay solo piedras. Alegamos bien. Ellos trabajarán para mí, a condición que los deje en su tierra, que es la tierra laborable. Yo necesito sus brazos para el trabajo de una mina de plata que he amparado a la orilla del río Ocros. Yo me pongo en contacto, tomando Rumi, con el lindero de la hacienda en que está la mina. [2]

---

[2] Ibid., pág. 175

Rosendo Maqui, alcalde de la comunidad, presenta los títulos de posesión confirmando la legitimidad de los linderos de Rumi. Pero, ¿de qué le vale al pobre indio tener papeles legalizados si un don Alvaro Amenábar desea extender los límites de su hacienda?

Primero fué una batalla sorda; luego se entabló el juicio. Rosendo y los comuneros defienden heroicamente la tierra que les da vida. La emoción les ahoga la voz. Presentan sus credenciales, pero un sinnúmero de testigos comprados les ataca. Se contraen sus rostros cetrinos de rabia e indignación. ¡La ley! . . . el derecho . . . la justicia . . .! ¿Qué significa esta terminología para el indio? ¡Necesitan testigos! Testigos buenos y que no sean comuneros. Todos conocen su justa causa, pero, ¿quién se atreve a declarar en favor de los indios? Sería su perdición. Sería estar de malas con la autoridad--en este caso don Alvaro Amenábar. "Es un fregao y vaya usté a saber lo que le hará al que se meta. . ."

Pero, siempre hay gente de consciencia. Dios no desampara a los buenos. Ya tienen un testigo para defender su causa -- Jacinto Prieto -- el mejor herrero del pueblo. Pero, desgraciadamente, Jacinto Prieto es pobre y la justicia no oye a los pobres. Le armaron camorra antes del juicio y allí está injustamente

pudriéndose en la cárcel.

Mientras tanto, don Bismarck Ruiz, abogado y defensor de los indios les seca la bolsa para hacer nuevas requisiciones de papel sellado. No solamente le roba el dinero, sino que también les saca gallinas, cerdos y corderos. Maqui sospecha de su abogado. Busca un nuevo defensor. La contestación de uno es la voz unánime de todos. "¿Porqué me voy a desprestigiar defendiendo causas perdidas? Dense con piedras en el pecho agradeciendo que Amenábar no les quita todo."

Nada nuevo -- la justicia falló en favor del más fuerte. Se dispuso el despojo para el día 14 de octubre y ya andábamos por el 9.

> Los comuneros padecieron todos los tormentos del éxodo. No era un dolor del entendimiento solamente. Su carne misma sufría el tener que abandonar una tierra donde gateó y creció, donde amó con el espíritu de la naturaleza al sembrar y procrear, donde había esperado morir y reposar en el panteón que guardaba los huesos de innumerables generaciones. [3]

Y así, silenciosamente, apretando y contrayendo el llanto, se dispuso a partir la caravana de indios desterrados a buscar nueva vida en las ariscas tierras de la sierra. Allá, abajo, muy abajo iba quedando su pasado enterrado en las tumbas de sus antepasados.

---

[3] Ibid, pág. 243

En el altiplano la vida es dura. La lluvia y los vientos azotan diariamente, los relámpagos y truenos ahuyentan al ganado, los desmontes son muy comunes, en la obscuridad de la noche bajan torrentes inmensas que amenazan la destrucción de las pequeñas chacras. Por necesidad el pueblo comunero se adapta rápidamente a la montaña. Su siembra, ahora de papas, progresa con gran rapidez, despertando el ansia de venganza en don Alvaro que ya había predicho la destrucción de los indios para saciar su ira. Empieza robándoles el ganado a los comuneros que, para evitar controversias, se hacen de la vista larga. Pero, ahora se trata nada menos que del toro "mulato" que tiene la marca de Rumi; "el mejor toro de la comunidá." No valen los ruegos ni súplicas del viejo alcalde que por única respuesta recibe insultos y golpes del estanciero. Momentos más tarde, Maqui arrodillado, lava su rostro en una acequia cercana tiñendo de rojo sus aguas. Otro intento de Maqui para recobrar el toro "mulato" y es encarcelado en la celda -- destinada para presos de peligro. En el diaro "La Patria" leemos la sensacional noticia de la captura del "famosa agitador y cabecilla indio Rosendo Maqui!" Insisten las autoridades que se envíe un batallón para acabar con el "bandolerismo y la revuelta de tan malos elementos".

Continúa el diario publicando tales injusticias levantando los ánimos contra los indios de Rumi. No consta en "La Patria" el despojo de las tierras por el hacendado don Alvaro Amenábar respaldado por las autoridades, no informa de la ilegitimidad del juicio y del encarcelamiento de Jacinto Prieto porque se prestó a servir de testigo a los comuneros. Se olvidó "La Patria" de informar del robo del toro "mulato" a los comuneros. La única voz del diario es el de la autoridad sobornada por don Alvaro. La verdad se oculta para el mundo que sin saber la realidad de los incidentes se levantan contra los indios.

Humillado, vejado y maltratado terminó el alcalde de la villa de Rumi. Rosendo Maqui es el símbolo de la hidalguía india vituperada por la sociedad. Su alma no morirá; recorrerá de noche en noche junto al fogón en las leyendas para las nuevas generaciones. Rosendo Maqui es inmortal. Bien pudo con su sangre redimir el dolor de su raza, pues su vida fué espejo de virtud y de sabiduría cristiana. Pero no fué así. Poco tiempo después la comunidad de Rumi fué tiroteada acribillándoseles a todos como bestias inservibles . . . . y todo porque don Alvaro Amenábar necesitó más peones para trabajar en una plantación de coca a las orillas del río Ocros y los comuneros se resistieron.

El mundo es ancho, pero ajeno. El mundo es grande para el rico, ajeno para el pobre que como única porción de tierra segura les resta la que les dará sepultura.

Con serenidad clásica, el autor expone la vida humillante del indio peruano. Su obra, además de ser una joya artística para la historia de las letras peruanas, es un tratado consciente de la situación del nativo en Perú. Es necesario informar al mundo de los dolores y miserias del indígena. Imposible es querer cubrir el cielo con las manos. Hay que atacar el mal de raíz. Tócale, según Alegría, al escritor contemporáneo afrontarlo:

> En este nuestro Perú hay cinco millones de indios que viven bajo la miseria y la explotación más espantosa. Lo que importa es que nosotros mismos nos convenzámos de que el problema existe y lo afrontemos con toda realidad. De tanto querer engañar a los demás nos estamos engañando a nosotros mismos. . . . Además, el indio, a pesar de todo, conserva todavía sus facultades artísticos e intelectuales. Eso prueba su virilidad. Yo haré mi parte, aunque me llamen lo que quieran, me persigan y me creen todas las dificultades de estilo. [6]

En esta obra, Alegría, ha hecho, efectivamente, su parte. Su novela tiene gran valor reivindicador y humano. Son muchas las injusticias a las que está sometido el indio. La autoridad está representada por

---

[6] Ibid, pág. 466.

un manojo de muñecos de cuerda prestos a moverse en favor del rico y el poderoso y contra de los miserables e indefensos. Tal parece que su único fin es perseguir a los pobres y hacerles la vida imposible en este mundo ancho. La ley y la justicia también son palabras huecas. Ambas sólo existen para el indio, que sin entender su significado le temen porque conocen su objetivo. Saben por experiencia que en nombre de la ley tienen que pagar una contribución de dos soles por semestre por haber nacido indios. Saben que por un mandato de la ley tienen que pagar impuestos altos por la sal, la coca, la chicha y los fósforos, cosas "que significan nada para los ricos y sí para el pobre." La justicia para el indio es siempre implacable, dispuesta a condenar sin previo juicio y sin razón. La justicia no se hace para el rico; más bien ésta funciona para satisfacer sus caprichos. Los castigos fluctúan de acuerdo con la suerte particular del individuo: la pena capital es la muerte; condena eterna, que es lo mismo que morirse porque nunca hasta su muerte podrá emanciparse de la cárcel; ir a servir a un batallón sin paga alguna y donde son maltratados por sus jefes -- blancos siempre. Sin embargo hay que hacer constar que la mayoría de los indios presos cumplen su pena sin saber por cuanto tiempo porque jamás se les ha celebrado juicio.

Es un hecho la influencia del marxismo en El mundo es ancho y ajeno al igual que en toda la novela indigenista. Es, ésta, una novela de masa. Los problemas de estos indígenas son problemas comunes a todos — problemas en que todos son envueltos colectivamente.

Ciro Alegría es uno de los pocos autores, si no es el único, que ha sabido combinar magistralmente lo pictórico de la vida indígena con la realidad de su existencia. Aquí reside el valor principal de esta novela, que sin salirse de los límites artísticos, es un manifiesto socialista porque cumple admirablemente su misión social. Alegría cree y tiene confianza en el indio. Sabe que una mejor comprensión de éste por parte de la sociedad traerá bienestar y progreso al país que en su mayoría está habitado por indígenas. Según él, debe legislarse para abolir el trabajo gratuito y estipular un salario mínimo. La ley debe perseguir a los patrones hasta hacerles mejorar las condiciones sanitarias de sus empresas y hacerles comprender que hay mucho más rendimiento en el trabajo que se hace con placer que en el que se hace por medio del látigo. "El trabajo no debe ser para que nadie muera ni padezca sino para dar el bienestar y la alegría!" El autor nos ha dado un cuadro de todas las industrias donde el indio tiene que trabajar para el blanco. Los

trabajadores de una mina, "musculosos y un tanto encorvados, con la flacura que trabaja el fuego, con la negrura que pega el carbón, con la lividez que da sombra", trabajan desde antes de salir el sol hasta que entra la noche por unos cuantos centavos que no les alcanza ni para vivir malamente. Los trabajadores de la caña no tienen mejor situación.

> ¿Nombre? Ah, muchacho, ¿pa qué sirve? Soy prófugo. Así nos dicen a los peones de las haciendas de caña de azucar que nos escapamos desesperados de esa esclavitud. Siempre estamos adeudados y pa vivir tenemos que pedir adelantos a la bodega y nunca logramos desquitar, sin contar el maldito paludismo y lo duro que es el trabajo por tarea y la brutalidad propia de los capataces. [7]

En los siringales los peones viven en un "infierno verde" luchando con la selva por exprimir un poco de sangre al árbol de la goma. Se les asigna a cada peón cierta cuota que deberán entregar al anochecer. Si no está completa son flagelados. Para escarmentar a la indiada el patrón le corta la cabeza a uno de los peones que no cumplió debidamente y la manda a clavar en una pica a la entrada del bosque.

También los indios que viven en la selva adentro tienen que aportar su cuota cada sábado. Los estaban exterminando por medio del fusilamiento y el látigo.

---

[7] Ibid, pág. 350

> Y he aquí que ellos dejaban de cazar, de sembrar, de tejer para poder cumplir con la obligación. Los caucheros recibían las porciones y los indios que no la entregaban completa eran flagelados. Hasta los niños eran azotados bárbaramente y sus madres, para que dejasen de llorar, les soplaban y lamían las nalgas ardorosas y sangrientas. Todos los indios llevaban el trasero lacerado.
>
> Ordóñez gritaba:
> - - - Indios haraganes: como sigan mermando la entrega, no los voy a latiguear sino a matar . . . [8]

En las plantaciones de coca el paludismo, los zancudos, las ampollas que hace, el engreído arbusto, en las manos no son comparados con el terror que tienen los peones a la víbora que abunda y se esconde entre la yerba.

Ciro Alegría no solamente expone la sangrienta existencia del indio en este mundo, sino que también propone remedios. El cree que la repartición equitativa de tierras a éstos ayudará a su emancipación y desenvolvimiento. Además, para que esta repartición sea efectiva debe estar protegida y vigilada constantemente por la autoridad. El gobierno debe instruir al nativo el uso de nuevos implementos para hacerles del trabajo "una faena sin angustia". Alegría exhorta no solamente a los indios, sino a toda la clase sufrida a unirse para luchar por su reivindicación y hacer en este mundo ancho un rincón propio:

---

[8] Ibid. pág. 385

Es penosa esta verdá, pero debo gritarla pa que todos endurezcan como el acero la voluntá que hay en su pecho. En ese mundo ancho, cambiamos de lugar, vamos de un lao pa otro buscando vida. Pero el mundo es ajeno y nada nos dá, nada, ni siquiera un güen salario, y el hombre muere con la frente pegada a la tierra amarga de lágrimas. Defendamos nuestra tierra, nuestro sitio en el mundo que así defenderemos nuestra libertá y nuestra vida. La suerte de los pobres es una y pediremos a todos los pobres que nos acompañen. Y yo les digo con toda verdá que pa nosotros, los pobres, el mundo es ancho, pero ajeno.[9]

---

[9] Ibid, pág. 500

CAPITULO II

El indio por Gregorio López y Fuentes (a)

Como el autor de El mundo es ancho y ajeno el señor Gregorio López y Fuentes acepta que el paisaje ha influido en la vida y carácter del indígena, sin embargo, en su obra El indio se propone tratarlo socialmente.

Esta novela que nos presenta una serie de cuadros de la vida indígena más bien da la impresión de un tratado socialista; primero porque el protagonista es la masa de indios en general; segundo porque está cortada en pequeños trozos o escenas aparentemente independientes unas de otras; tercero porque en toda la obra el autor se propone exponer la desgracia del indígena al contacto con el blanco.

Comienza con la llegada de dos extraños a la tribu en busca de oro. Los indios desconociendo la verdadera intención de los forasteros les reciben con gran hospitalidad. Poco después uno de los extraños viola por la fuerza a una de las inditas más queridas por los indios. Además golpearon al muchacho más fuerte y prometedor de la villa

---

(a) Novelista Mexicano contemporáneo

inutilizándolo para siempre. Los naturales les hicieron la guerra matando a uno y haciendo huir al otro. Las autoridades se disponen a castigar a la indiada por tal crimen, pero al llegar el pueblo estaba desierto, pues todos los indios habían huído a los montes. Al fin les perdonan de la pena de muerte o de la cárcel, pero a condición de trabajar gratuitamente en la construcción de carreteras y en los trapiches de caña de los hacendados. Así pudieron regresar a sus casas.

Nos brinda, este novelista, todos los abusos sociales que se cometen con el nativo. Dice que estos indios trabajan en las haciendas de maíz, de frijol, de trigo recibiendo por salario un trago de aguardiente y "unos centavos que no le alcanza ni para la manta con que la mujer haga el calzón". Explica como el blanco destierra al indio de sus propiedades y luego su persecución se extiende hasta el monte porque necesita brazos para sus faenas. Presenta un sinnúmero de leyes que atañen al indio y no al blanco. Por ejemplo los niños indios tienen que pagar por su existencia, mientras que los del pueblo no. Para los indios la pesca está limitada a ciertos días y a ciertas horas y para el blanco, que la toma como un deporte, está abierta en todo momento. Explica que el indígena se siente tranquilo en su aislamiento y ve con malos ojos la entrada de extraños en su tribu. Dice que

cuando entra un blanco en la villa todas las casas se sahuman como si éste fuera un demonio. Justifica López y Fuentes la obstinación e indiferencia aparente de esta raza, su odio nacido del rencor y sus vicios que son insignificantes al compararlos con los de la ciudad. Critica enfáticamente el abuso del blanco con las mujeres indias, el poco interés que muestran el gobierno y las autoridades por castigar al blanco y los servicios personales sin paga.

Como en El mundo es ancho y ajeno esta novela ofrece un estudio de todas las faces de la vida indígena. Sin embargo hay que recalcar que no tiene la fuerza, vitalidad y contextura de la obra de Alegría. Tampoco nos conmueve ni nos impresiona como la anterior. Su valor consiste en la exposición de estas injusticias y en los comentarios sinceros y sabios que pone el autor en labios de un maestro. Dice que hay muchas diferentes tesis sobre la solución del problema indígena: una recomienda el cruce de ellos con ejemplares superiores, otra sugiere la escuela para incorporarlo a la sociedad y otra ve la repartición de tierras como el remedio eficaz. El maestro, o sea López y Fuentes, cree que lo primero y más efectivo sería reintegrarles la confianza perdida con obras benéficas y con una justa protección del gobierno.

CAPITULO X

Conclusiones

Según los novelistas indigenistas el indio es una nota armónica en el concierto de la barbarie que no puede entonar en la sociedad porque ésta le rechaza. Es preciso que la civilización llegue a la montaña y a la espesura de la selva para así mejorar la situación del indio. Todos estos autores justifican su existencia y sus defectos, alegando que éstos son una consecuencia del ambiente porque la naturaleza de la misma manera que ha desarrollado características que le incorporan a sí misma, ha moldeado su carácter para facilitarle la vida en la misma.

Es evidente la influencia del Marxismo en la novela indigenista, no solamente porque la masa es el protagonista principal de estas obras, sino porque estos autores tratan de instruir y servir a la sociedad por medio del arte. El interés analizador y científico que demuestran al tratar su asunto es una prueba más de la influencia socialista de Marx. Todos ellos recomiendan remedios: Ciro Alegría propone la repartición equitativa de tierras supervisada constantemente por las autoridades.

Creo que aún hay tiempo para salvar al indio porque éste tiene voluntad. José Eustasio Rivera es el más pesimista de estos escritores porque no cree que la ley pueda penetrar en la selva. Mauricio Magdaleno afirma que la educación es la solución "porque la ignorancia es la desgracia nacional" en México. Gregorio López y Fuentes sostiene que la restauración de la confianza indígena debe ganarse antes que todo. Todos creen que una actitud más cristiana por parte de la sociedad ayudará al desenvolvimiento del indio.

Después de leer estas novelas me inclino a pensar que para resolver el problema del indio hispanoamericano, antes que tierras, escuelas o la restauración de la confianza, es imperioso para que todo ésto funcione, ir primeramente a la sociedad y al gobierno. Hay que empapar al pueblo de la realidad indígena; hacerles comprender que la grandeza de nuestros pueblos dependen del mejoramiento individual económico y social de esta raza. Es indispensable fomentar el espíritu cristiano de la sociedad para que así miren al indio con una actitud más humana. Hay que destruir la creencia del pueblo que el indio es inservible, bruto o inferior a los blancos. Hay que hacerles comprender a las autoridades que el exterminio de indios

no es el medio adecuado para afrontar la realidad indígena, pues su vitalidad está intacta y nunca desaparecerá de nuestros pueblos. Yo creo sinceramente en la educación del blanco en cuanto a este respecto ya que por sus injusticias el nativo se remontó a la montaña o se confundió con la selva. La actitud de la sociedad para con el indio no ha cambiado mucho en cuatro siglos y volveremos a incurrir en el error de prometerle y prometerle para que su desaliento se intensifique al ser humillado y vejado una vez más por la sociedad. Para pretender su confianza hay que estar seguros de que la sociedad quiere honradamente ganarla. Me parece mucho más fácil instruir a la sociedad que al indígena ya que por su condición civilizada podrán asimilarla con más facilidad y además es ésta la que debe cambiar su actitud soberbia, humillante y despectiva. Es menester predicar al mundo que el indio no es malo, sino que responde al ambiente en que ha vivido por siglos y por las amargas experiencias a su contacto con el civilizado. Si la civilización empeoró su situación tócale a la civilización emanciparlo.

BIBLIOGRAFIA

Alegría, Ciro. El mundo es ancho y ajeno. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1941.

Alegría, Ciro. Serpiente de oro. Santiago de Chile: Nascimento, 1936.

Cortés, Hernán. Despatches from Mexico. New York: A. Grove Day, American Book Company. Stanford University, 1935.

Henríquez Ureña, Pedro. Literary Currents in Hispanic America. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1945.

Hespelt, E. Herman. An Anthology of Spanish American Literature. New York: Crofts and Company, 1947.

López y Fuentes, Gregorio. El indio. México: Ediciones Botas, 1937.

Magdaleno, Mauricio. El resplandor. México: Ediciones Botas, 1937.

Meléndez, Concha. La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889). Madrid: Hernando, 1934.

Rivera, José Eustasio. La vorágine. Buenos Aires: Las Grandes Obras, 1924.

Sáenz, Moisés. "The Indian Citizen of America." Translation in Points of View. Division of Intellectual Cooperation, Pan American Union, Washington, D.C., Núm. 9, Sept. 1946.

Sánchez, Luis Alberto. "El paisaje en la literatura americana, elemento desconocido aunque dominante." Revista iberoamericana, II (Noviembre de 1940), página 389.

Sánchez, Luis Alberto. Historia de la literatura americana. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1937.

Torres-Ríoseco, Arturo. "Consideraciones acerca del pensamiento hispanoamericano". Revista iberoamericana, I (Noviembre de 1939), página 278

Torres-Ríoseco, Arturo. Grandes Novelistas de la América Hispana. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1941.

Torres-Ríoseco, Arturo. La novela en la América Hispana. Berkeley: University of California Press, 1939.

Torres-Ríoseco, Arturo. The Epic of Latin American Literature. New York: Oxford University Press, 1942.

TYPIST:

RoseElla K. Misch
115 North Main, Apt. 9
Stillwater, Oklahoma